ANTONIO MACHADO Y LAS GALERIAS DEL ALMA

«Galerías del alma... ¡el alma niña!
Su clara luz risueña;
y la pequeña historia,
y la alegría de la vida nueva...
¡Ah, volver a nacer, y andar camino,
ya recobrada la perdida senda!...» (1)

Desde hace muchos años uno de mis escritores predilectos ha sido el gran poeta español Antonio Machado. Como muchos lectores, he descubierto en sus poesías una fina sensibilidad humana que me ha tocado en las profundidades del alma. Entre las muchas poesías que me gustaban, sin embargo, había una que siempre me parecía problemática, porque no veía su relación con el resto de la obra de Machado. Me refiero al poema «Glosa» (LVIII), y no a los primeros versos que describen la admiración del poeta por Jorge Manrique, sino a los últimos versos que parecen contener una referencia a la idea de la reencarnación:

Tras el pavor de morir
está el placer de llegar.
¡Gran placer!
Mas ¿y el horror de volver?
¡Gran pesar! (p. 110).

Porque si el «placer de llegar» se refiere a la idea de entrar en la otra vida, el «horror de volver» debe ser una referencia a la idea de volver a nacer en esta vida de sufrimiento y dolor. Pues bien, aunque Machado no era lo que se puede llamar un católico ortodoxo, siempre lo había considerado un escritor más o menos representativo de la tradición cristiana, y la reencarnación es una idea que se asocia al pensamiento oriental. Además, como casi toda persona en el mundo occidental, nunca había tomado muy en serio la posibilidad de la reencarnación. Así, no pensé más sobre el asunto hasta que un día leí el libro de Concha Espina que contiene las cartas de Machado a Guiomar.

(1) Antonio Machado: «Obras: poesía y prosa», 2.ª ed.; Buenos Aires, Losada, 1973, p. 129. Al citar de las «Obras» de Machado siempre cito por esta edición, y doy el número de página, y el número del poema si es posible, al final de cada cita.

En una de las cartas, cuando Machado intenta encontrar la causa del profundo cariño que siente por ella, leí el pasaje siguiente: «¿O será que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico» (2). Y otra vez me pregunté si, en efecto, era posible que Machado creyera en la reencarnación. Estas palabras —«me consuela pensar esto»— parecen indicar que sí. Si esto fuera cierto, tendría unas poderosas consecuencias para la comprensión de su obra filosófica y cambiaría radicalmente la manera en que se han de interpretar muchas de sus poesías.

Resolví entonces estudiar el problema sistemáticamente. Pero no iba a ser fácil encontrar una solución, porque muchas de las ideas de Machado sobre el tema estaban expresadas en lenguaje poético, es decir en metáforas o símbolos, que pueden interpretarse de varias maneras. Además, en un país tan conservador en asuntos religiosos como lo es España, pocas personas se atreverían a expresar abiertamente una creencia tan heterodoxa. Es evidente también que muchos documentos personales, donde el poeta podía haber hablado más directamente sobre sus ideas filosóficas y religiosas, se perdieron durante la confusión de la Guerra Civil. Seguí adelante, no obstante, y creo haber hecho unas observaciones que, si no son definitivas, por lo menos tienen suficiente validez para echar nueva luz sobre varios puntos importantes de la obra de Machado.

I. LA REENCARNACION EN EL MUNDO OCCIDENTAL

Uno de los primeros descubrimientos que se hace al estudiar la idea de la reencarnación —también se llama transmigración o metempsicosis— es que no aparece solamente en el Oriente. También ha tenido muchos partidarios importantes en el mundo occidental. La metempsicosis constituye una parte importante de la filosofía griega. («A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico», había escrito Machado) (3). Tal doctrina aparece en la Cábala, escritura esotérica de la religión judía. También hay referencias a la reencarnación en la Biblia, y ciertos historiadores creen que hay suficientes pruebas para indicar que formaba parte de la religión cristiana en sus orígenes (4).

---

(2) Concha Espina: «Antonio Machado, a su grande y secreto amor», Madrid, Lifesa, 1950, p. 117.

(3) Hay frecuentes referencias a la idea de la reencarnación en la obra de Platón; pueden verse especialmente las obras siguientes: «La república», 614-621; «Fedro», 245-252; y «Fedón», 73-77.

(4) Para un estudio completo de estos puntos, el lector puede consultar los libros «Reincarnation in World Thought», editado por Joseph Head y S. L. Cranston, New York,

Uno de los primeros padres de la Iglesia Católica, Orígenes (185-254 A. D.), predicó la transmigración de las almas, y sus ideas recibieron mucha atención, hasta que fue anatemizado en 553 A. D. Después de esta fecha, la reencarnación nunca ha sido parte del cristianismo oficial, pero ha persistido en ciertas sectas, como los Rosicrucianos y la Teosofía, y también ha vuelto a aparecer en las ideas de muchos pensadores individuales (5). En las últimas décadas ha habido un creciente interés en la reencarnación, y muchos libros nuevos han sido publicados sobre el tema. Varias obras, por ejemplo, el libro del profesor Ian Stevenson, tratan de probar científicamente que la reencarnación es una realidad (6).

¿Y cuál es el valor de esta creencia para el hombre moderno? Para muchas personas, la teoría de la reencarnación, junto con la ley del karma, ofrece una explicación lógica para muchos problemas religiosos y filosóficos que el cristianismo nunca ha podido resolver. También hay evidencia para creer que, en un período u otro, estas ideas han florecido en casi todas partes del mundo. Tal universalidad parece indicar que la reencarnación es una de esas creencias espontáneas o instintivas, por medio de las que el hombre responde a los problemas más urgentes de su existencia.

II. MACHADO Y EL PENSAMIENTO ORIENTAL

Hombre occidental,
tu miedo al Oriente, ¿es miedo
a dormir o a despertar? (p. 833).

Un estudio completo de la relación entre la filosofía de Machado y el pensamiento oriental no puede caber en estas páginas, pero, para servir como base del estudio de la reencarnación, pueden señalarse rápidamente algunos puntos de contacto. Sin más investiga-

---

Julian Press, 1969, y «Reincarnation for the Christian, de Quincy Howe, Jr., Philadelphia, Westminster Press, 1974.

(5) Según el libro «Reincarnation in World Thought» ya citado, la lista de los que han expresado una creencia en alguna forma de reencarnación es muy extensa e incluye, entre muchos otros, los nombres siguientes: Pitágoras, Sócrates, Platón, Cicerón, Plotino, Orígenes, Giordano Bruno, Emanuel Swedenborg, Benjamín Franklin, Immanuel Kant, J. W. Von Goethe, G. W. F. Hegel, Friedrich Von Schlegel, Arthur Schopenhauer, Víctor Hugo, Ralph Waldo Emerson, Friedrich Nietzsche, Richard Wagner, Walt Whitman, Leon Tolstoi, Williams James, James Joyce, C. G. Jung, Salvador Dalí.

(6) Ian Stevenson: «Twenty Cases Suggestive of Reincarnation», New York, American Society for Psychical Research, 1966. Véanse también los libros sobre las teorías de Edgar Cayce (Cerminara, Bro, Robinson, etc.), los libros de Ruth Montgomery, y los llamados «Seth Books», de Jane Roberts: «The Seth Material», «Seth Speaks», y The Nature of Personal Reality.

ción, es imposible decir cuándo empezó o dónde se originó el interés de Machado en el Oriente, pero será evidente a través del estudio que sigue que este interés aparece en los primeros poemas y desde entonces continúa hasta su muerte.

En un ensayo sobre Saavedra Fajardo, Machado juega con las palabras, pero su significado es obvio: «El Occidente parece cada vez más desorientado... De buen y de mal grado, habrá que orientarse un poco» (p. 687). A veces Machado expresa una clara preferencia por el pensamiento oriental, como en estas palabras de Juan de Mairena (7): «Yo os enseño, o pretendo enseñaros, oh amigos queridos... el respeto a la sabiduría oriental, mucho más honda que la nuestra y de mucho más largo radio metafísico» (pp. 607-608). En otras ocasiones, es más ecléctico y combina la filosofía griega, el budismo y el cristianismo:

Siembra la malva:
pero no la comas,
dijo Pitágoras.
Responde al hachazo
—ha dicho el Buda ¡y el Cristo!—
con tu aroma, como el sándalo.
Bueno es recordar
las palabras viejas
que han de volver a sonar (CLXI, lxv, p. 282) (8).

También es evidente que Machado no sólo tiene interés en el Oriente, sino que conoce bien muchas teorías específicas, como lo indica el siguiente análisis de la filosofía de Scopenhauer; habla de la teoría de Schopenhauer con respecto a la Voluntad, y viene a decir: «de ella ha brotado el mundo de la representación, el sueño búdico, la vana apariencia en que se ahoga la conciencia humana. Si de algún modo se nos revela —en nuestro yo, donde el velo de Maya alcanza alguna transparencia— es como dolor, ansia de no ser, apetencia de nirvana y de aniquilamiento de la personalidad» (p. 774). Emplea la palabra «karma» al hablar del destino del hombre moderno (p. 913), y en otras ocasiones vuelve a referirse al «velo de Maya», para expresar la idea de que el mundo sensible esconde la realidad absoluta (p. 573 y p. 800). Tal concepto es, sin duda, el origen del «doble espejismo» —el mundo de afuera y el mundo de adentro— al que Machado se refiere en el prólogo de *Campos de Castilla* (p. 51).

(7) Juan de Mairena también dice que su maestro Abel Martín estaba «más inclinado, acaso, hacia el nirvana búdico, que esperanzado en el paraíso de los justos» (p. 494).

(8) Juan de Mairena repite la misma combinación: «La humanidad produce muy de tarde en tarde hombres profundos... (Buda, Sócrates, Cristo)» (p. 640).

De ahí también la idea de que «la vida es sueño», que permea su propia obra y que no tiene su origen en la literatura española; Machado declara en una entrevista que «Calderón es el gran poeta barroco que da estructura dramática al viejo tema de la leyenda de Budha» (9).

Así, Machado tenía interés y tenía además cierto conocimiento de la sabiduría oriental. Queda determinar cuáles son los resultados de todo esto para su propio pensamiento filosófico. Antes de intentarlo, señalemos rápidamente algunas diferencias básicas entre el pensamiento de Occidente y el de Oriente.

Según el cristianismo ortodoxo, Dios crea el universo de la nada; lo saca de un vacío que está totalmente separado del ser divino. Tal creación significa, desde el principio, una fundamental separación entre Dios y sus criaturas. De ahí la necesidad de una redención que produzca la unión con Dios, al fin de la vida.

Gran parte de la filosofía oriental, por otra parte, se basa en una concepción panteísta, según la cual Dios y el universo son uno. Las almas son parte de Dios, son sus emanaciones, y no hay separación, porque todo lo que *es* es parte del Ser Supremo. Por eso toda criatura tiene dentro de sí, como su esencia básica, una pequeña chispa divina. La separación solamente ocurre cuando las almas toman forma material. Al encarnarse, olvidan su origen divino, pierden el contacto con el Absoluto, y tienen que vivir en el mundo relativo de las apariencias.

Así; aunque el alma nunca pierda su divinidad espiritual, en esta vida la separación es absoluta. Siempre tiene la posibilidad de volver a unirse con Dios en la otra vida, pero no es fácil, porque al bajarse al mundo de la materia, el alma se cubre de imperfecciones e impurezas. Y no basta una sola vida para limpiarse. El alma está condenada a seguir en la eterna rueda de las vidas sucesivas hasta que logre purificarse; solamente cuando esto ocurra se libra de la necesidad de renacer y puede volver a unirse con la divinidad. Con respecto a este momento de unión final, hay cierta diferencia de opinión. Algunos creen que el individuo no retiene su identidad, ni entre las sucesivas reencarnaciones, ni al unirse con Dios en el estado de nirvana. Otros más optimistas, creen que el alma siempre retiene su conciencia personal y que, cuando entra en el estado de nirvana, es para seguir evolucionándose eternamente en otros niveles de la múltiple realidad divina.

Otra consideración importante que no se ha mencionado todavía es la ley del karma. Según esta ley universal, lo que hacemos en

(9) Citado por Aurora de Albornoz en «Antonio Machado: Antología de su prosa», III (Madrid, Edicusa, 1970), p. 226.

esta vida determina en gran parte lo que seremos en las vidas futuras. Para los más pesimistas, esta ley representa un obstáculo casi insuperable a la purificación del alma, porque las imperfecciones seguirán perpetuándose vida tras vida. Para los que creen que el hombre es libre para escoger, sin embargo, la ley del karma no es un obstáculo insuperable y, aún más importante, explica la existencia del sufrimiento, algo que el cristianismo nunca ha podido hacer. El mal, propiamente tal, es solamente relativo, porque, visto desde la perspectiva absoluta de la voluntad divina, *todo* lo que ocurre tiene el propósito de enderezar al hombre en su camino hacia la perfección de su alma.

Volviendo a las ideas de Machado, vemos en seguida que nuestro poeta y filósofo rechaza el concepto cristiano de la creación *ex nihilo* (p. 573), porque para él, Dios no crea el mundo; Dios *es* el mundo: «Dios no es el creador del mundo, sino el ser absoluto, único y real, más allá del cual nada es. No hay problema genético de lo que es. El mundo es sólo un aspecto de la divinidad; de ningún modo una creación divina... Hablar de una creación del mundo equivaldría a suponer que Dios se creaba a sí mismo» (pp. 349-350). También es evidente que la metafísica de Machado, como la de muchos pensadores del Oriente, se basa en una «concepción panteísta». Así la define Juan de Mairena (p. 531) y luego, de acuerdo con esta concepción, describe la relación entre Dios y el alma: «Imaginemos una teología sin Aristóteles, que conciba a Dios como una gran conciencia de la cual fuera parte la nuestra» (p. 530). Esta gran conciencia panteísta también es equivalente a la mónada universal de Abel Martín: «*el gran ojo que todo lo ve al verse a sí mismo*» (p. 316); «El universo, pensado como substancia, fuerza activa consciente, supone una sola y única mónada, que sería como el alma universal de Giordano Bruno» (pp. 316-317). A esto se refiere Machado, sin duda, en el documento autobiográfico recobrado por Vega Díaz, cuando dice: «En el fondo soy un creyente en una realidad espiritual opuesta al mundo sensible» (10). Y si todos pertenecemos a la conciencia divina, consta también que Machado cree en la divinidad del alma, tal como lo expresa en otra entrevista al declarar: «Todos llevamos un poco de Dios en el corazón» (11). Juan de Mairena expresa idéntica idea, cuando define a Dios como «el padre de todos, cuya impronta más o menos borrosa, llevamos todos en el alma» (p. 435).

---

(10) Francisco Vega Díaz: «A propósito de unos documentos autobiográficos inéditos de Antonio Machado», «Papeles de Son Armadáns», LIV (1969), p. 70.

(11) Véase P. Pla y Beltrán: «Mi entrevista con Antonio Machado», «Cuadernos americanos», LXXIII, 1 (1954), p. 237.

Todo esto es necesario para entender el concepto que Machado tiene del amor: «Porque es allí, en el corazón del hombre, donde se toca y se padece otra otredad divina, donde Dios se revela al descubrirse, simplemente al mirarnos, como un *tú de todos*, objeto de comunión amorosa» (p. 503). De acuerdo con la doctrina panteísta que acabamos de examinar, el «objeto amoroso» que todos buscamos y nunca podemos encontrar en este mundo, es Dios, del cual nos hemos separado y al cual anhelamos volver. Por eso Abel Martín declara que la amada «es, en cierto modo, una con el amante, no al término como en los místicos, sino en su principio» (p. 320). Por eso también, cada encuentro amoroso trae consigo una sensación de «pérdida de una compañía» (p. 322).

Es aquí, precisamente, donde muchos críticos entienden mal el pensamiento de Machado, cuando afirman que la separación entre Dios y el alma significa que Machado no cree en una divinidad. «Una fe negativa —Machado ha escrito en una carta a Unamuno— es también absurda» (p. 1.016). Dios sí existe para Machado; lo que no existe es la capacidad de pensarlo lógicamente: «Quien piensa el ser puro... piensa, en efecto, la pura nada... El pensamiento lógico soló se da, en efecto, en el vacío sensible» (p. 333). Dios no es la nada, como algunos han sostenido; Dios *crea* la nada —*«Fiat umbra!* Brotó el pensar humano»— al darle al hombre la capacidad de pensar lógicamente. El ser divino no puede ser conceptualizado, pero Dios quiso que el hombre tuviera por lo menos una *idea* de su naturaleza verdadera. Muchas personas no reconocen el valor del don divino; piensan que la lógica es lo único que importa, y su lógica les dice que Dios no existe, que el mundo no es real. Machado les responde: «¡Y qué cosa tan absurda... es la lógica!» (p. 537), y en el siguiente poema declara irónicamente:

> *El hombre es por natura la bestia paradójica,*
> *un animal absurdo que necesita lógica.*
> *Creó de nada un mundo y, su obra terminada,*
> *«Ya estoy en el secreto —se dijo—, todo es nada»* (p. 215).

Pero Dios *es;* queda siempre detrás del velo de Maya de nuestros conceptos lógicos y el hombre tiene, a pesar de lo dicho anteriormente, dos posibilidades de una vuelta. El hombre de Oriente a veces logra entrar en un estado de unión con el Absoluto, cuando se aisla del mundo sensible durante los períodos de meditación. Para Machado, el equivalente a la meditación oriental es el «pensar poético», el que funciona «de sentido inverso al del pensamiento lógico» y por eso «se da entre realidades, no entre sombras» (p. 334). Es a través de

la poesía —que Machado define como «aspiración a conciencia integral»— que el hombre de occidente puede, aun en esta vida, volver a sentirse parte del Ser que es Dios: «Borra las formas del cero, / torna a ver, / brotando de su venero, / las vivas aguas del ser» (p. 337). No obstante, esta manera de volver a Dios, como toda actividad intuitiva, no es permanente. La otra posibilidad de volver, la vuelta definitiva, tiene que ser en la otra vida, en la vida de una «realidad espiritual» más alta a la que el alma llega, al término del largo ciclo de vidas purificadoras.

Pero antes de llegar a este punto final, hay varias cosas que será necesario considerar. Porque si Machado cree en la divinidad del alma, creerá también en su inmortalidad. Y si el alma es inmortal, habrá existido antes de nacer en esta vida. Así, en la siguiente sección de este estudio examinaré las ideas de Machado con respecto al alma y su origen divino.

III. LA PRE-EXISTENCIA DEL ALMA

La vida baja como un ancho río...
... ...
Pero aunque fluya hacia la mar ignota,
es la vida también agua de fuente
que de claro venero, gota a gota,
o ruidoso penacho de torrente
bajo el azul, sobre la piedra brota (p. 309).

Pérez Ferrero afirma que el incidente de los delfines descrito por Juan de Mairena es un suceso real que ocurrió antes del nacimiento de Machado (12). Cuando termina la descripción de este incidente, Mairena comenta: «Fue una tarde de sol, que yo he creído o he soñado recordar alguna vez» (p. 559), y al comentar sobre el pasaje citado, Gabriel Pradal-Rodríguez habla de un «Antonio Machado, soñador y atávico, para quien la propia vida comienza desde antes de nacer» (13). ¿Es cierto que Machado «recordó» este episodio de antes de su propio nacimiento? En muchas poesías el poeta da gran importancia a la idea de los sueños que le ayudan a recordar el pasado:

Y podrás conocerte, recordando
del pasado soñar los turbios lienzos,

(12) Miguel Pérez Ferrero: «Vida de Antonio Machado y Manuel», Buenos Aires, Austral, 1953, pp. 19-20.

(13) Gabriel Pradal-Rodríguez: «Antonio Machado: vida y obra», New York, Hispanic Institute, 1951, p. 19.

en este día triste en que caminas
con los ojos abiertos.
De toda la memoria, sólo vale
el don preclaro de evocar los sueños (LXXXIX, p. 130).

En otro poema, Machado se refiere también al alcance temporal de estos recuerdos intuitivos:

Algunos lienzos del recuerdo tienen
luz de jardín y soledad de campo;
la placidez del sueño
en el paisaje familiar soñado.
Otros guardan fiestas
de días aún lejanos... (XXX, p. 84).

Hay, pues, dos clases de recuerdos: unos son de un pasado inmediato que aún es familiar; otros son vagas memorias de un tiempo más remoto. ¿Por qué Machado hace esta distinción? ¿Todos los recuerdos son de esta vida, o Machado quiere decirnos que los segundos son de una previa existencia? Si es así, bien podemos comprender la importancia de ese «don preclaro», porque en sueños el poeta tal vez puede recordar su origen divino. Esta es la idea que Machado expresa metafóricamente en el poema LXXXVIII:

Tal vez la mano, en sueños,
del sembrador de estrellas,
hizo sonar la música olvidada
como una nota de la lira inmensa,
y la ola humilde a nuestros labios vino
de unas pocas palabras verdaderas (p. 129).

La preocupación con el origen ocurre aun en los poemas más tempranos, como en el poema «Galerías», escrito entre los años 1898 y 1902, y publicado en la primera edición de *Soledades* en 1903.

Yo he visto mi alma en sueños,
como un estrecho y largo
corredor tenebroso,
de fondo iluminado...
Acaso mi alma tenga
risueña luz de campo
y sus aromas lleguen
de allá, del fondo claro (pp. 32-33).

Así es que en sueños el poeta descubre «cosas de ayer que sois el alma» (LXXXI, p. 120), esas cosas de su «alma vieja» (XLI, p. 94),

vieja, porque ha existido desde siempre, como el alma del mendigo en el atrio, del cual declara: «Más vieja que la iglesia tiene el alma» (XXXI, p. 85).

Sí, el «don preclaro» de la visión intuitiva tiene a veces la gran ventaja de penetrar el velo de Maya, como en el poema LXII: «Desgarrada la nube; el arco iris / brillando ya en el cielo...». Pero también hay una gran desventaja, porque una visión intuitiva nunca es permanente, sino pasajera e intangible: «Y todo en la memoria se perdía / como una pompa de jabón al viento» (pp. 114-115). Por eso, la sensación de pérdida que también se asocia a la idea de buscar el origen: «... Alma ¿qué has hecho de tu pobre huerto?» (LXVIII, p. 118); «Tengo en monedas de cobre / el oro de ayer cambiado» (XCV, p. 133). Por eso también Machado siempre busca la fuente de la vida, lleno de nostalgia por el origen perdido:

> *Como yo cerca del mar,*
> *río de barro salobre,*
> *¿sueñas con tu manantial?* (CLXI, lxxxvii, p. 286).

Gran parte de lo que yo he tratado de mostrar hasta aquí, Machado lo expresa en el poema LXI. En los primeros versos vuelve a cantar el valor de una «verdad divina» que se vislumbra en «Esas galerías, / sin fondo del recuerdo». Si el recuerdo no tiene «fondo», es porque el pasado del alma no tiene límite: retrocede hasta perderse en la existencia inteminable del Creador. Y no es la lógica, sino la intuición poética la que hace posible la visión misteriosa:

> *El alma del poeta*
> *se orienta hacia el misterio.*
> *Sólo el poeta puede*
> *mirar lo que está lejos*
> *dentro del alma, en turbio*
> *y mago sol envuelto* (p. 113).

¿Es una coincidencia que Machado emplee el verbo «se orienta», o lo emplea con doble sentido, como en otra ocasión ya citada, para darnos la clave a los versos que siguen? Porque el poeta siente el «laborar eterno» de las «doradas abejas» y entonces declara:

> *la nueva miel labramos*
> *con los dolores viejos,*
> *la veste blanca y pura*
> *pacientemente hacemos...* (p. 114).

La explicación que se ha dado para estos versos es que las abejas, que representan la facultad intuitiva del poeta, convierten los an-

tiguos sufrimientos en nueva miel, que es la nueva poesía. Pero si tiene doble sentido el verbo «se orienta», tal vez hay un segundo nivel en el que se puede entender el resto del poema. Bien puede ser que las «doradas abejas» y su «eterno laborar» simbolizan la antigua ley del karma que nos ayuda a purificar el alma. De acuerdo con este concepto, que también aparece en otros poemas de Machado (14), el hombre tiene que sufrir los «dolores viejos» durante muchas vidas, es decir «pacientemente», para poder hacer «la veste blanca y pura» de su alma. Todo esto lo sabe el poeta, pero el alma que no piensa insuitivamente estará condenada a ver solamente un reflejo de la realidad, un reflejo deformado por el velo de los conceptos lógicos:

El alma que no sueña,
el enemigo espejo,
proyecta nuestra imagen
con un perfil grotesco... (p. 114).

Así, después de estudiar el tema de la pre-existencia del alma, será necesario determinar si Machado de veras tiene fe en la posibilidad de sobrevivir después de la muerte. Veámoslo en la siguiente sección de este estudio.

IV. LA ESPERANZA DE VIDA DESPUES DE LA MUERTE

En los yermos altos
veo unos chopos de frío
y un camino blanco (p. 723).

Mucho se ha escrito sobre la actitud de Machado hacia la muerte. Algunos escritores han notado una semejanza entre Machado y Heidegger, sosteniendo que, en los dos, existe la misma actitud de resignación estoica ante la idea de la muerte. Un escritor hasta ha creído ver en Machado una actitud de «fría serenidad» y aun «menosprecio», ante la muerte de ciertas personas conocidas (15). Tal vez la palabra «menosprecio» sea demasiado fuerte, pero si hay cierta sere-

(14) Una sugestión de la ley del karma se encuentra en el poema LIX: «... y las doradas abejas / iban fabricando en él, / con las amarguras viejas, / blanca cera y dulce miel...» (p. 111); y también el LXXXVI empieza con estos vesos: «Eran ayer mis dolores / como gusanos de seda / que iban labrando capullos; / hoy son mariposas negras; / ¡De cuántas flores amargas / he sacado blanca cera!» (p. 128).

(15) Pablo de A. Cobos habla de esta actitud en dos artículos: «La muerte personal en Antonio Machado», «La Torre», 65 (1969), pp. 53-69; y «Una identificación en Machado», «Insula», XXV, 279 (1970), p. 13.

nidad estoica en la actitud de Machado, bien puede ser porque no está convencido de que la muerte represente la aniquilación del ser.

Sea lo que sea su actitud en algunos casos específicos, no cabe duda de que Machado ha sufrido profundamente a causa de la muerte pero, como veremos, nunca pierde del todo su esperanza en la otra vida. Al describir la fe de los personajes de la gran novela rusa, Machado parece describir también su propia fe: «dudan, vacilan, como dudan y vacilan las almas sinceras y profundas, siempre divididas en sus entrañas; pero siempre se diría que alcanzan a ver una luz interior reveladora de la suprema esperanza» (p. 904). Aun en los poemas que la mayoría de los críticos han interpretado negativamente hay, a veces, indicios de esperanza. Y esta esperanza no se limita, como algunos escritores han sostenido, solamente al período inmediatamente después de la muerte de Leonor, sino que está presente en los poemas más tempranos, y continúa hasta el momento de su propia muerte.

En vista de lo que dice en el documento recobrado por Vega Díaz, es evidente que Machado distingue entre la realidad espiritual, en la cual es un «creyente», y el mundo sensible revelado por el pensamiento lógico. En términos físicos, pues, la muerte sí es definitiva. Esto es indudablemente lo que Machado quiere expresar en el poema siguiente:

¿Dices que nada se pierde?
Si esta copa de cristal
se me rompe, nunca en ella
beberé, nunca jamás (CXXXVI, xliii, p. 221).

Juan de Mairena declara: «La muerte va con nosotros, nos acompaña en vida»; pero entonces añade significativamente: «ella es, por de pronto, cosa de nuestro cuerpo» (p. 464). Si el cuerpo, representado por la «copa de cristal», se pierde para siempre, ¿qué es lo que ocurre con el alma? Machado contesta en otro poema:

Tú sabes las secretas galerías
del alma, los caminos de los sueños,
y la tarde tranquila
donde van a morir... Allí te aguardan
las hadas silenciosas de la vida
y hacia un jardín de eterna primavera
te llevarán un día (LXX, p. 119)

En uno de los primeros poemas de *Soledades* (1903), Machado hace la misma distinción entre cuerpo y alma. Es el momento de la muerte: «Los golpes del martillo / dicen la negra caja; / y el sitio de

la fosa, / los golpes de la azada». Mas el «aura», símbolo de la vida nueva, consuela al alma —«pura veste blanca»— al decirle: «No te verán mis ojos; / ¡mi corazón te aguarda!» (XII, p. 72). Los ojos —el cerebro, el pensar lógico —ya no verán tu cuerpo en el mundo de las formas; pero el corazón —la intuición, el pensar poético— aguarda tu alma en el mundo de la realidad espiritual.

Otro poema temprano. «En el entierro de un amigo», que muchos críticos han citado como ejemplo del pesimismo de Machado, termina así:

Sobre la negra caja se rompían
los pesados terrones polvorientos...
El aire se llevaba
de la honda fosa el blanquecino aliento.
—Y tú, sin sombra ya, duerme y reposa,
larga paz a tus huesos...
Definitivamente,
duerme un sueño tranquilo y verdadero (IV, p. 64).

El poema presenta ciertas dificultades que la crítica no ha resuelto. Porque si se describe aquí una muerte definitiva y total, ¿qué es el «blanquecino aliento» que sale de la fosa? ¿Es el polvo de los terrones quebrados, o es el alma blanca y pura que vuelve a su Creador? (16). La frase «sin sombra ya», ¿quiere decir que el alma se ha librado por fin de las imperfecciones del cuerpo? Y ¿qué es lo que duerme un «sueño tranquilo y verdadero», es el alma o los «huesos»?

A pesar de las dificultades con el poema IV, en otros poemas Machado expresa claramente su esperanza de otra vida. En «Horizonte», por ejemplo, el poeta camina hacia el «ocaso», fin del día y símbolo de la muerte, y entonces siente en su corazón una promesa de renovación:

Y yo sentí la espuela de mi paso
repercutir lejana en el sangriento ocaso,
y más allá, la alegre canción de un alba pura (XVII, p. 76) (17).

Y en otro poema temprano:

La tarde todavía
dará incienso de oro a tu plegaria,
y quizá el cenit de un nuevo día
amenguará tu sombra solitaria... (XXVII, p. 83).

---

(16) En «Profesión de fe», Machado dice de Dios: «... su aliento es alma, y por el alma alienta...» (p. 227).

(17) Juan Ferraté dice que este poema forma parte de una serie donde predomina el tema de la renovación; también menciona los números IX, XXIII, XXV, XLII, L, LXX, LXXX, LXXXVII: «Ideas del alma», «Papeles de Son Armadáns», IV, 11 (1957), p. 190.

El LXXVIII es otro poema que algunos críticos han visto como un indicio de la falta de esperanza que Machado siente ante la muerte. El poeta habla con su alma y le pregunta si, al morir, se perderá para siempre el recuerdo del amor divino: «¿Y ha de morir contigo el mundo mago / donde guarda el recuerdo / los hálitos más puros de la vida, / la blanca sombra del amor primero...?». Luego termina:

¿Y ha de morir contigo el mundo tuyo
la vieja vida en orden tuyo y nuevo?
¿Los yunques y crisoles de tu alma
trabajan para el polvo y para el viento? (p. 123).

Es significativo que Machado no haga una declaración negativa, sino una pregunta; se pregunta si la muerte significa el fin de la conciencia individual. ¿Es que la vida ha fundido, con elementos primordiales, una forma nueva sólo para destruirla con su muerte? En este poema solamente pregunta, pero en otra ocasión aventura

Recuerdos de mis amores,
quizá no debéis temblar:
cuando la tierra me trague,
la tierra os libertará (p. 820).

La afirmación más clara de su fe en la inmortalidad del alma, Machado la hace en el poema CXLIX, «A Narciso Alonso Cortés, poeta de Castilla». El poema contiene también una angustiosa descripción del tiempo y de su efecto corrosivo en el mundo físico:

Al corazón del hombre con red sutil envuelve
el tiempo, como niebla de río una arboleda.
¡No mires; todo pasa; olvida: nada vuelve!
Y el corazón del hombre se angustia... ¡Nada queda!... (p. 241).

El hombre se angustia porque, en el mundo de los sentidos, todo es frágil y transitorio. Pero el tiempo es un efecto del «doble espejismo» por el cual estamos obligados a mirar el Ser verdadero, y, como todo concepto producido por el pensar lógico, trae conclusiones funestas para la vida humana. Aquí, como en otras ocasiones, Machado no se satisface con lo que le dice la lógica («Confiamos / en que no será verdad / nada de lo que pensamos»), y apela de nuevo al pensar poético: «Pero el poeta afronta el tiempo inexorable, / como David al fiero gigante filisteo...» Y, aunque su existencia se ha puesto en duda durante la época racionalista, lo que le permite triunfar es el alma:

El alma. El alma vence —¡La pobre cenicienta,
que en este siglo vano, cruel, empedernido,
por esos mundos vaga escuálida y hambrienta!—
al ángel de la muerte y el agua del olvido.
Su fortaleza opone al tiempo, como el puente
al ímpetu del río sus pétreos tajamares;
bajo ella el tiempo lleva bramando su torrente,
sus aguas cenagosas huyendo hacia los mares.
Poeta, el alma sólo es ancla en la ribera... (p. 242).

Esa fe es la misma que le alienta a Machado en el trágico momento de la muerte de su esposa Leonor. «Algo inmortal hay entre nosotros —Machado escribe en una carta a Unamuno, poco después de la muerte de Leonor— que quisiera morir con lo que muere. Tal vez por esto viniera Dios al mundo. Pensando esto me consuela algo. Tengo a veces esperanza. Una fe negativa es también absurda... En fin, hoy vive en mí más que nunca y algunas veces creo firmemente que la he de recobrar» (p. 1.016). Así lo expresa también en su poesía: «Late, corazón... No todo / se lo ha tragado la tierra» (CXX, p. 190); «Vive esperanza: ¡quién sabe / lo que se traga la tierra!» (CXXII, p. 191).

En un artículo poco conocido sobre la muerte de su amigo don Blas Zambrano, Machado vuelve a manifestar su fe en la inmortalidad del alma. Describe su último encuentro con don Blas en Barcelona y declara que, en esa ocasión, lo encontró un poco envejecido. Entonces sigue: «Parecióme, sin embargo, que lo más suyo, lo indefinible personal que nos permite recordar y reconocer a las personas, no sólo no se había borrado en él, sino que aparecía más intacto que nunca... Y hoy pienso que si es esto lo que don Blas trajo consigo al mundo, y esto es también lo que tenía al llegar a los umbrales de la muerte, acaso sea esto, que parece dejarnos para el recuerdo precisamente lo que él se lleva. Y ello sería en verdad consolador, si es que, como muchos pensamos, el destino de todos los hombres es aproximadamente el mismo» (18). En el que tal vez fue su último artículo —fue publicado en «Hora de España» en Barcelona a fines de enero de 1939— Machado expresa otra vez el concepto de la pre-existencia del alma, al decir que es «lo indefinible personal» lo que don Blas «trajo consigo al mundo». También le consuela que don Blas conserve su personalidad, a pesar de la vejez y la muerte, porque es este mismo «indefinible personal» que don Blas mantiene «más in-

(18) «Don Blas Zambrano», en «Antonio Machado: Antología de su prosa», I, op. cit., p. 170.

tacto que nunca», y entonces «se lleva», en el momento de su muerte.

Hemos visto, pues, un aspecto muy importante de la actitud de Machado hacia la muerte: su esperanza de tener otra vida. Pero queda «lo que más importa»: descubrir lo que ocurre después de la muerte. Desde luego, nada se puede saber en esta vida, pero cabe la esperanza de que tal vez sepamos algo en la próxima. Si antes de nacer nuestra conciencia forma parte de la infinita conciencia de Dios, nuestro nacimiento en el mundo físico sería como el principio de un largo sueño. Y precisamente porque la vida es sueño, el momento de nuestra muerte, cuando dejamos atrás los límites del mundo sensible, es un verdadero despertar. Esta es la esperanza que Machado expresa en varios poemas:

> *Tras el vivir y el soñar*
> *está lo que más importa:*
> *despertar* (CLXI, liii, p. 280).

> *Si vivir es bueno,*
> *es mejor soñar,*
> *y mejor que todo,*
> *madre, despertar* (CLXI, lxxxi, p. 285).

> ... *Y cuando vino la muerte*
> *el viejo a su corazón*
> *preguntaba: ¿Tú eres sueño?*
> *¡Quién sabe si despertó!* (CXXXVII, p. 225).

La más clara expresión de esta esperanza Machado la pone en otra carta a Unamuno:

> ¿Qué es lo terrible de la muerte? ¿Morir o seguir viviendo como hasta aquí, sin ver? Si no nos nacen otros ojos cuando éstos se nos cierren, que éstos se los lleve el Diablo, poco importa. Tal vez no sea esto lo humano... Cabe otra esperanza, que no es la de conservar nuestra personalidad, sino de ganarla. Que se nos quite la careta, que sepamos a qué vino esta carnavalada que juega el universo en nosotros o nosotros en él, y esta inquietud del corazón para qué y por qué es... ¿Que dormimos? Muy bien. ¿Que soñamos? Conforme. Pero cabe despertar. Cabe esperanza, dudar en fe (p. 1.022).

V. LA REENCARNACION

> *«Volverá el Cristo a nacer*
> *entre nosotros»* (p. 610).

Tratar de probar que Machado creía en la reencarnación es un poco como tratar de probar la existencia de Dios: mi intuición me dice que sí, pero hasta ahora no ha sido posible demostrarlo con pruebas inequívocas. Hay muchas cosas que sugieren la posibilidad de una creencia, pero debo admitir que algunos pasajes que voy a citar quizá se refieren no a la reencarnación, sino a la esperanza de tener nuevas experiencias en *esta* vida, o de tener *otra* vida en el sentido cristiano. No obstante, voy a presentar aquí unos ejemplos sugestivos de reencarnación, con la esperanza de que algunos, si no todos, sean suficientes para indicar una creencia verdadera.

Según Juan de Mairena, una de las revelaciones más importantes del Cristo fue que «El alma del hombre no es una entelequia, porque su fin, su *telos*, no está en sí misma» (p. 528). ¿Dónde está, pues, el fin del hombre, si no está en sí mismo? Tal vez Machado no puede contestar a esta pregunta directamente, pero sí poéticamente: la gran aventura del hombre es seguir el camino que lo conduce otra vez a la divinidad, como afirma en la última estrofa del poema CXLIV:

> *Tú, juventud más joven, si de más alta cumbre*
> *la voluntad te llega, irás a tu aventura*
> *despierta y transparente a la divina lumbre,*
> *como el diamante clara, como el diamante pura* (p. 236).

A) *Las primeras poesías.*—Algunas de las primeras poesías parecen expresar la actitud pesimista, compartida por ciertas sectas del brahmanismo y del budismo, de que la vida es una larga peregrinación de vidas sucesivas de la que es casi imposible escapar. Este es el tema central del poema «Cenit», de la primera edición de *Soledades*, donde el poeta oye el canto del agua:

> *Escucha bien en tu pensil de Oriente*
> *mi alegre canturía,*
> *que en los tristes jardines de Occidente*
> *recordarás mi risa clara y fría.*
> *Escucha bien que hoy dice mi salterio*
> *su enigma de cristal a tu misterio*
> *de sombra, caminante: Tu destino*
> *será siempre vagar, ¡oh peregrino*
> *del laberinto que tu sueño encierra!* (p. 37).

Esta es también la única manera de entender los últimos versos de «Glosa», el poema que cité en la introducción a este trabajo. El «placer de llegar» es el que el poeta siente al pensar en la posibilidad de romper la interminable cadena de las vidas soñadas. El «horror de

volver» es el de volver una vez más a esta vida, sin esperanza de llegar al fin de la larga peregrinación (19). Idéntico concepto se encuentra en «La noria»:

Yo no sé qué noble,
divino poeta,
unió a la amargura
de la eterna rueda
la dulce armonía
del agua que sueña
y vendó tus ojos,
¡pobre mula vieja! (XLVI, p. 99).

En este poema Machado ha utilizado la noria para simbolizar la *eterna rueda* del renacer, antiguo símbolo oriental para expresar la idea de la transmigración de las almas (20). La «mula vieja» es el hombre que sigue en el círculo vicioso de las vidas repetidas, sin poder alcanzar el apetecido éxtasis del estado de nirvana. El «agua que sueña» es quizá la ilusión del tiempo que pasa, mientras que los ojos vendados representan la inteligencia finita del hombre que solamente ve la realidad a través del velo de Maya.

Otro poema de la primera edición de *Soledades* contiene la misma actitud pesimista hacia la vida, pero en este caso la muerte ofrece la posibilidad de una salida. El poeta despierta después de una pesadilla y confronta el hastío de un nuevo día:

Y a martillar de nuevo el agrio hierro
se apresta el alma en las ingratas horas
de inútil laborar, mientras sacude
lejos la negra ola
de misteriosa marcha
su penacho de espuma silenciosa...
¡Criaderos de oro lleva
en su vientre de sombra!... (p. 41).

---

(19) Los críticos de este poema generalmente no hablan de los últimos versos, comentando solamente sobre los primeros que se refieren a Jorge Manrique. Los pocos comentarios sobre los últimos versos son incompletos o ambiguos. Por ejemplo, Rodrigo Alvarez Molina no menciona el «placer de llegar» y traduce el «horror de volver» como «volver en sí»; «Variaciones sobre Antonio Machado, el hombre y su lenguaje», Madrid, Insula, 1973, p. 31. Constantino Lascaris escribe sobre estos versos: «Me da lo mismo, para explicar estos versos, suponer una alusión a la doctrina que ese 'volver' hiciera alusión a volver a tener conciencia, fuera en la forma que fuera»; «El Machado que se era nada», «La torre», XII, 45-46, p. 203.

(20) Para una descripción más completa de la importancia de este símbolo, véanse «Reincarnation in World Thought», op. cit., pp. 30-31; y C. G. Jung, «Memories, Dreams, Reflections» (New York, Pantheon, 1961), p. 316.

El poeta lamenta su «inútil laborar», porque el tiempo pasado —«las ingratas horas»— no le trae la esperanza de salir del laberinto soñado. Pero allá lejos avanza la negra ola que ha de envolverlo todo, y esta vez la muerte se ve como un consuelo, porque lleva en su vientre la promesa de vidas nuevas. El oro sugiere la esperanza de perfección futura, y los puntos suspensivos indican un tiempo que nunca terminará (21).

Más optimista también es «Renacimiento», poema que, como indica el título, vuelve a tratar el tema de la vida nueva:

> *Galerías del alma... ¡el alma niña!*
> *Su clara luz risueña;*
> *y la pequeña historia,*
> *y la alegría de la vida nueva...*
> *¡Ah, volver a nacer, y andar camino,*
> *ya recobrada la perdida senda!*
> *Y volver a sentir en nuestra mano,*
> *aquel latido de la mano buena*
> *de nuestra madre... Y caminar en sueños*
> *por amor de la mano que nos lleva...* (LXXXII, p. 129).

Mucho se ha escrito sobre las «galerías del alma» de Machado, pero aquí como en otros poemas, la frase sugiere la idea de las distintas vidas por las que pasa el alma en su larga peregrinación. Si no fuera por lo que se dice en la tercera estrofa, éste sería uno de los poemás donde más claramente se expresa la idea de la reencarnación. Sánchez Barbudo cree que este poema expresa el deseo imposible de volver a la seguridad de la juventud perdida (22). Pero puede ser que Machado esperara tener, en una vida futura, la juventud que no ha tenido en ésta; recuérdese lo que dice en el poema L: «¡yo alcanzaré mi juventud un día!» (p. 103). Y la palabra «madre» no tiene que ser una referencia a su propia madre; habla más bien de «*nuestra* madre», la que bien puede ser algo como la Madre Naturaleza, origen de la vida en un sentido panteísta. Y en efecto, volver a nacer sería volver a «caminar en sueños», sintiendo otra vez la nostalgia de nuestro

---

(21) Menos fácil de explicar es el poema XXI. El poeta piensa en la hora de su muerte y escucha la voz del silencio que le dice: tú no verás el fin del tiempo — «tú no verás caer la última gota / que en la clepsidra tiembla» —, y algún día tendrás otra vida — «Dormirás muchas horas todavía / sobre la orilla vieja, / y encontrarás una mañana pura / amarrada tu barca a otra ribera» (p. 80) —. Los últimos versos pueden interpretarse según la teología cristiana: dormirás por muchos años después de la muerte hasta el día del Juicio Final; o pueden significar que todavía tendrás muchas vidas en este mundo —«la orilla vieja»— antes de reunirte con Dios en el otro.

(22) Antonio Sánchez Barbudo: «Los poemas de Antonio Machado», Madison, University of Wisconsin Press, 1969, p. 103.

Creador perdido que, a pesar de su pérdida, nos lleva todavía, y nosotros llevamos en el corazón.

Siguen fragmentos de otros tres poemas que el espacio no me permite comentar; pero cada uno contiene, como el lector podrá verificar, una sugestión de reencarnación:

> ... *el rostro del hermano se ilumina*
> *suavemente: ¿Floridos desengaños*
> *dorados por la tarde que declina?*
> *¿Ansias de vida nueva en nuevos años?...* (I, p. 61).

> *Es una forma juvenil que un día*
> *a nuestra casa llega.*
> *Nosotros le decimos: ¿por qué tornas*
> *a la morada vieja?...* (XXXVI, p. 87).

> *Anoche cuando dormía*
> *soñé, ¡bendita ilusión!,*
> *que una fontana fluía*
> *dentro de mi corazón.*
> *Di: ¿por qué acequia escondida,*
> *agua, vienes hasta mí,*
> *manantial de nueva vida*
> *en donde nunca bebí?* (LIX, p. 111) (23).

B) *Poesías de madurez.*—El pesimismo con el que Machado ve la idea de la reencarnación en algunas de sus primeras poesías no está presente en las obras de su madurez. Así, cuando vuelve a Andalucía lleno de melancolía después de la muerte de su esposa, la esperanza de una nueva vida representa un verdadero consuelo. Esta es la situación que Machado describe en el poema CXXV, cuando lamenta la pérdida de su infancia: tiene recuerdos, pero «falta el hilo que el recuerdo anuda/al corazón.../ o estas memorias no son alma»; tienen, además, «señal de ser despojos de recuerdo,/la carga bruta que el recuerdo lleva». No importa, sin embargo, que estos recuerdos sean inauténticos, no importa que sean meros reflejos del ser ori-

---

(23) Rodrigo Alvarez Molina ha intentado demostrar que hay una relación entre el poema LIX y las «Moradas» de Santa Teresa; declara además que el poema contiene «una alegoría de las tres vías místicas»; op. cit., p. 33. Sin embargo, ni la estructura, ni el contenido del poema corresponden muy estrechamente a las tres etapas del proceso místico. Los símbolos principales —fuente, abejas, luz— aparecen en muchas poesías de Machado, donde no hay una sugestión de unión mística ni influencia de Santa Teresa. Ya he observado que las «doradas abejas» de la segunda estrofa pueden ser un símbolo de la ley del karma (véase la nota 14). En fin, antes de aceptar una interpretación únicamente cristiana para este poema, habrá que estudiarlo sistemáticamente, a la luz de las ideas expuestas en el estudio presente.

ginal; porque, un día, el ser del pasado será recobrado con toda su pureza inicial:

Un día tornarán, con luz del fondo ungidos
los cuerpos virginales a la orilla vieja (p. 193).

Tres años después de su traslado a Baeza, Machado recibe la noticia de la muerte de su antiguo maestro en la Institución Libre de Enseñanza. Entonces escribe un poema y un artículo en prosa, dedicados «A don Francisco Giner de los Ríos». En ambas obras el tono es optimista y alentador. Cito primero del poema:

¿Murió?... Sólo sabemos
que se nos fue por una senda clara,
diciéndonos: Hacedme
un duelo de labores y esperanzas.
Sed buenos y no más, sed lo que he sido
entre vosotros: alma.
Vivid, la vida sigue,
los muertos mueren y las sombras pasan;
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced campanas!
Y hacia otra luz más pura
partió el hermano de la luz del alba... (CXXXIX, p. 229).

En el pasaje correspondiente del artículo en prosa, Machado escribe: «Y hace unos días se nos marchó, no sabemos adónde. Yo pienso que fue hacia la luz. Jamás creeré en su muerte. Sólo pasan para siempre los muertos y las sombras, los que no vivían la propia vida. Yo creo que sólo mueren definitivamente —perdonadme esta fe un tanto herética—, sin salvación posible los malvados y los farsantes» (24). Puede entenderse por qué Machado nos pide perdón, porque pocas veces se ha expresado de un modo tan abierto, en un escrito destinado al público, sobre su fe heterodoxa. Machado no cree en la muerte de su antiguo maestro; no sabe adónde va, pero piensa —intuye—, como en otras ocasiones cuando habla de la muerte, que va hacia la luz, hacia la «divina lumbre» que espera al «alma» pura. Entonces Giner pronuncia estas palabras significantes: «los muertos mueren y las sombras pasan;/lleva quien deja y vive el que ha vivido». Como se dice en el texto en prosa, el primer verso significa que sólo muere lo falso, lo que no está de acuerdo con «la propia vida», es decir, con el alma. La frase «lleva quien deja» parece ex-

(24) «Don Francisco Giner de los Ríos», en «Antonio Machado: Antología de su prosa», I, op. cit., pp. 153-154.

presar la misma idea que Machado formula más tarde, al hablar del alma de don Blas Zambrano: el que deja su alma en el recuerdo de los otros, también se la lleva cuando muere. El significado de la segunda mitad del verso depende de la manera en que se interprete el verbo «vive»: si se entiende de acuerdo con la religión católica, significa que el alma sigue viviendo en el otro mundo, en el cielo divino; si se entiende más literalmente, sin embargo, significa que el que ha vivido antes ha vuelto a vivir en esta vida. Por eso no hay que perder el tiempo lamentando la ida de los muertos; es mejor seguir preparándose para la nueva vida que nos espera (25). Es significativo que Machado haya puesto estas palabras en boca de Giner. ¿Es esto lo que el profesor krausista enseñaba en la Institución Libre de Enseñanza? ¿Fue a causa de la influencia de don Francisco y otros maestros semejantes como Machado adquirió su interés en la filosofía oriental? Si fuera así, ayudaría a explicar por qué estas ideas están presentes en los primeros versos del poeta, antes de que empezara sus estudios filosóficos formales (26).

---

(25) La interpretación de Manuel Tuños de Lara, para estos versos, es excelente: «Hay quien es sólo sombra en este mundo, aunque parezca vivir; ese se muere un día definitivamente porque no vivió nunca. El que ha vivido, «vive», es decir, sigue viviendo; se lleva algo porque deja; deja su obra y su espíritu. Ese espíritu hay que honrar con el trabajo y no con la lamentación»; «Antonio Machado, poeta del pueblo», Barcelona, Nova Terra, 1967, p. 114. No explica, sin embargo, qué quiere decir con la frase: «'vive', es decir, sigue viviendo».

(26) Quiero hacer constar aquí que he emprendido ciertas investigaciones sobre este punto que hasta la fecha no he podido terminar satisfactoriamente. Estas investigaciones han tratado tres temas principales: 1) la masonería y el pensamiento antiguo, incluyendo la idea de la reencarnación; 2) la relación entre Machado y la masonería; 3) las posibles relaciones entre la Institución Libre de Enseñanza y la masonería. Con respecto al primer tema, en «Reincarnation in World Thought» hay una sección sobre la masonería donde se dice que, aunque se permite a los masones individuales mucha libertad en sus creencias religiosas —sólo en algunas logias se exige una creencia en la existencia de Dios—, muchos estudiantes de la masonería, sobre todo en los grados superiores, han mostrado gran interés en la reencarnación (pp. 166-167). También he consultado dos libros sobre la masonería donde el autor expresa su propia creencia en un concepto de reencarnación y declara, además, que esta creencia es parte de la enseñanza masónica; véanse Lynn F. Perkins, «The Meaning of Masonry (New York, Exposition Press, 1960), pp. 124-125; y Joseph Earl Perry, «The Masonic Way of Life and Other Masonic Addresses» (Cambridge, Masonic Education and Charity Trust, 1968), pp. 85-86. En estos libros y también en otro por J. S. M. Ward —«Freemasonry, Its Aims and Ideals», London, Rider, 1923—, es clara también la relación entre las creencias masónicas y la antigua filosofía de Grecia y del Oriente. En cuanto al segundo tema de investigación, se sabe que Machado fue masón; véase el artículo de Emilio González López, citado por Joaquín Casalduero, en «Machado, poeta institucionalista y masón», «La torre», XII, 45-46 (1964), pp. 100-102. Me ha notificado González López en una carta que Machado ingresó en el invierno de 1929-1930. No he podido averiguar si pertenecía a una de las logias que exigen una creencia en Dios. No sé si su padre era masón, pero lo habrá sido su abuelo, según el libro de Miguel Morayta «Masonería española: páginas de sus historia», re-editado por Mauricio Carlavilla (Madrid, Nos, 1956), pp. 341-342. El abuelo vivió con la familia de Machado hasta su muerte y también fue uno de los primeros colaboradores de la Institución Libre de Enseñanza. Sobre el tercer tema, González López dice en su carta que eran masones don Nicolás Salmerón y don Hermenegildo Giner de los Ríos, pero no sabe si lo era don Francisco. En su libro sobre la Institución Libre de Enseñanza, Vicente Cacho Viu dice que el mismo Krause fue masón, pero en cuanto a Giner y los otros profesores, cita opiniones contradictorias y dice

En *Nuevas canciones* Machado publica una segunda serie de «Proverbios y cantares» (CLXI), donde se encuentra el siguiente poema curioso:

Señor San Jerónimo,
suelte usted la piedra
con que se machaca.
Me pegó con ella (lxxiv, p. 283).

De este poema y varios otros de la misma serie, afirma Sánchez Barbudo: «son reflexiones banales que más parecen chistes... Hay bastante de estos poemillas cuyo sentido resulta oscuro; e incluso que, al parecer, carecen de sentido» (27). Lo único que en efecto puede decirse con seguridad del poema es que la piedra, con la que se machaca el santo, parece representar su ira destructiva contra algo desconocido que, de un modo u otro, incluye al poeta. Es sabido, sin embargo, que una de las grandes polémicas en la que participó San Jerónimo fue la que se dirigió contra Orígenes y su discípulo Rufino, y la causa fue la creencia de aquél en la teoría de la metempsicosis (28). Si es cierto que Machado creía en la reencarnación, el poema pierde su oscuridad y se hace completamente claro. Y no será la única vez que Machado emplea el humor para disfrazar sus pensamientos verdaderos.

El largo poema surrealista «Recuerdos de sueño, fiebre y durmivela» contiene otro pasaje curioso. Cuando el poeta baja a la entrada del otro mundo, conversa con Caronte, y le pide permiso para entrar en su barca y pasar a los infiernos. Entonces ocurre el diálogo siguiente (Caronte habla primero):

... ¿Ida no más?
—¿Hay vuelta?
—Sí.
—Pues ida y vuelta, ¡claro!
—Sí, claro... y no tan claro: eso es muy caro... (pp. 365-366).

Sí, se entiende claramente que el poeta quiere salir del infierno y volver a esta vida. Lo que no entiende tan claramente es cómo puede ocurrir. Para entenderlo, no sirve el pensar lógico —«Sí, claro»— sino el pensar intuitivo —«y no tan claro»—.

---

que le es imposibe llegar a una conclusión definitiva con respecto a la posible relación entre la Institución y la masonería; véase Vicente Cacho Viu, «La Institución Libre de Enseñanza» (Madrid, Rialp, 1962), pp. 59-60 y la nota pp. 218-219.

(27) Sánchez Barbudo, op. cit., pp. 366-367.

(28) Véase «Reincarnation en World Thought», op. cit., pp. 136-137; y «Reincarnation for the Christian», op. cit., pp. 62-84.

El último poema del *Cancionero apócrifo* es «Otro clima» (CLXXVI), poema altamente sugestivo de la idea de la reencarnación, donde Machado examina los problemas del individuo en una escala universal. Los primeros versos nos hacen pensar de nuevo en las diferentes vidas del alma: «¡Oh cámaras del tiempo y galerías / del alma, tan desnudas!» La existencia del alma se divide en una larga cadena de galerías separadas. Son galerías desnudas porque el alma pasa de una a otra sin llevar consigo el pesado equipaje de los cuerpos materiales; sólo se lleva «lo indefinible personal» y la esperanza de volver con esto a Dios un día. Siguen otros versos sugestivos:

el tiempo lleva un desfilar de auroras
con séquito de estrellas empañadas.
¿Un mundo muere? ¿Nace
un mundo? ¿En la marina
panza del globo hace
nueva nave su estela diamantina?
¿Quillas al sol la vieja flota yace?
¿Es el mundo nacido en el pecado,
el mundo del trabajo y la fatiga?
¿Un mundo nuevo para ser salvado
otra vez? ¡Otra vez! Que Dios lo diga... (p. 378).

¿La existencia del mundo también es cíclica como la del individuo? ¿El mundo entero gira en la rueda de los renacimientos sucesivos? Si no logró salvarse esta vez, a pesar de su trabajo y su fatiga, ¿el mundo tendrá otra oportunidad, y otra? Pero Dios no contesta, y el peregrino sigue su camino, viendo a lo lejos las señales de su destino: «Y ún *nihil* de fuego escrito / tras de la selva huraña, / en áspero granito, / y el rayo de un camino en la montaña...» (p. 378). La montaña de piedra con su «*nihil*» marca los límites del mundo físico. Pero más allá hay un camino y unos puntos suspensivos. No se sabe, no se puede saber, hacia dónde va el camino, pero sin duda va «hacia la luz».

Siguen sin comentario otras tres poesías de las «Poesías sueltas», que Machado nunca publicó en libro donde, otra vez, el momento de la muerte contiene la promesa de nueva vida:

Hay una mano de niño
dispersa en la tarde gris,
o en la tarde gris se borra
una acuarela infantil.
Otoño tiene en el sueño
un iris de abril.
... no sueñes más, cazador

de escopeta y galgo.
Ya quiebra el albor («Otoño», I, p. 828).

Golpe de martillo
en la negra nave,
la del galón amarillo;
y en los aros de un tonel
jocundo y panzón
para el vino nuevo
de tu corazón («Otoño», V, p. 829) (29).

Sobre la maleza,
las brujas de Macbeth
danzan en coro y gritan:
¡tú serás rey!
... ...
Con el sol que luce
más allá del tiempo
(¿quién ve la corona
de Macbeth sangriento?)
los encantadores
del buen caballero
bruñen los mojosos
harapos de hierro («Coplas», II, pp. 723-724).

C) *Poesías dedicadas a Guiomar.*—Desafortunadamente, los editores de las *Obras* de Machado publicadas por Losada decidieron publicar, de las cartas de Machado a Guiomar, «únicamente aquellos pasajes de interés literario» (p. 1035). Así, cortaron una vez más las cartas ya mutiladas por Concha Espina y omitieron una referencia clara y directa de Machado al tema de la reencarnación. Volvamos al libro de Concha Espina, pues, y veremos si el pasaje omitido de veras carece de interés literario. La carta a la que me refiero empieza en la página 117 y, sin que la escritora lo indique, continúa en la página 49. Esta manera arbitraria de presentar las cartas ha causado cierta confusión, porque el fragmento de la página 49 no puede ser entendido sin el de la página 117. Cito el texto completo:

> En estas ocasiones en que un obstáculo ajeno a nuestra voluntad rompe la posibilidad de comunicar contigo, mido yo, por

(29) Aurora de Albornoz ha hecho un estudio interesante de este poema. Aunque ella es de los que creen que el alma trabaja solamente «para el polvo y el viento», sus comentarios apoyan una interpretación reencarnacionista del poema. Según ella, se trata de la barca de la muerte que contiene el vino nuevo, que es un «símbolo de la vida». Ella también ha descubierto una pintura de Dionisos donde la barca negra, que está adornada de amarillo, se llena milagrosamente de uvas; como ella lo describe: «Las uvas rezumantes de vida nueva, nacen de la nave negra»; véase Aurora de Albornoz, «El olvidado 'Otoño' de Machado», «Insula», XVII, 85, p. 13.

la tristeza y la soledad de mi alma, toda la hondura de mi cariño hacia ti. ¡Qué raíces hondas ha echado! Se diría que había estado arrigando en mi corazón toda la vida. Porque esto tiene el enamorarse de una mujer, que nos parece haberla querido siempre. ¿Cómo te explicas tú eso? Yo me lo explico pensando que el amor no sólo influye en nuestro presente y en nuestro porvenir, sino que también revuelve y modifica nuestro pasado. ¿O será que, acaso, tú y yo nos hayamos querido en otra vida? Entonces, cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico (p. 117).

Cuando nos vimos no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico.

Esta teoría del recuerdo en el amor puede también explicar la angustia que va siempre unida al amor. Porque el amor verdadero —no lo que los hombres llaman así— empieza con una profunda amargura. Quien no ha llorado —sin motivo aparente— por una mujer no sabe nada de amor. Así el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla. Aunque te parezca absurdo, yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti; por haberte querido toda la vida (p. 49).

En otra carta Machado exclama de nuevo: «¡Ay! Tú no sabes bien lo que es tener tan cerca a la mujer que se ha esperado toda una vida» (p. 118). Estas referencias al «largo olvido en que la tuvo antes de conocerla» y a «la mujer que se ha esperado toda una vida» se entienden fácilmente si se sabe que Machado piensa haber conocido a su amada en una previa encarnación. Así se ha de entender también el siguiente poema de las «Poesías sueltas»: «'¿Qué es amor?', me preguntaba / una niña. Contesté: / 'Verte una vez y pensar / haberte visto otra vez'» (p. 822).

Pero, ¿qué es lo que dice Machado en los poemas dedicados a su amada? En la segunda «Canción a Guiomar», se encuentra la más clara expresión de las ideas contenidas en la carta. La crítica ha interpretado este poema como una fantasía, expresión del anhelo nunca satisfecho del poeta por unirse más íntimamente con su amada. Pero, ¿es que Machado imagina un porvenir inalcanzable, o expresa más bien su nostalgia por un pasado que se ha perdido? Si pensamos en la carta, parece más probable la última explicación. Así, el jardín —«En un jardín te he soñado»— sería el símbolo de una vida previa. Es «alto... sobre el río», porque es parte de la existencia de un alma inmortal, que no está afectada por el tiempo. Es el «jardín de un tiempo cerrado», porque la muerte y el olvido siempre esperan al alma, al fin de la galería de su vida en el mundo

físico. El recuerdo trae consigo la memoria de otro jardín, donde manaba la pura fuente de la vida y la sed del amor podía satisfacerse en seguida en las cercanas aguas del amor divino: «junto al agua viva y santa, / toda sed y toda fuente». Es el recuerdo de una vida que soñaron simultáneamente el poeta y Guiomar: «En ese jardín, Guiomar, / el mutuo jardín que inventan / dos corazones al par, / se fundan y complementan / nuestras horas...» Pero al fin de esta vida, las dos almas tienen que beber de las aguas del olvido y, como el recuerdo de su origen divino, el mutuo sueño se desvanece para siempre:

... Los racimos
de un sueño —juntos estamos—
en limpia copa exprimimos,
y el doble cuento olvidamos (p. 369).

En la tercera «Canción a Guiomar» el poeta vuelve a recordar el momento cuando el alma experimenta desde cerca el amor divino: «pensaste a Amor, junto a la fuente». Aunque el tiempo de esta vida fluya como el río de Heráclito, tiene como base la permanencia divina —«¡Oh tarde viva y quieta / que opuso al *panta rhei* su nada corre...!»— en la que todas las vidas están reunidas en un estado de eterna juventud:

Todo a esta luz de abril se transparenta;
todo en el hoy de ayer, el todavía
que en sus maduras horas
se funde en una sola melodía,
que es un coro de tardes y de auroras...

Y es la memoria de esta permanencia divina —«Hoy es siempre todavía»— la que hace posible al poeta recordar su amor por Guiomar: «A ti, Guiomar, esta nostalgia mía» (p. 371).

El último poema que tal vez se relaciona con la carta a Guiomar es el soneto «Primaveral», de Abel Martín en el *Cancionero apócrifo*. Cobos ve en este poema un recuerdo de los fríos campos sorianos (30). Si es así, la «invisible compañera» del poeta sería su esposa Leonor. Pero si la frase «un amor intempestivo» del cuarto soneto de Abel Martín (p. 323) es una referencia al amor tardío que el poeta siente por Guiomar, parece lógico que ella sea también la mujer invisible de «Primaveral». Este soneto contiene la misma at-

(30) Pablo de A. Cobos: «Humor y pensamiento de Antonio Machado en la metafísica poética», Madrid, Insula, 1963, p. 70.

mósfera de eterna primavera de las «Canciones a Guiomar», y repite la idea del amor renovado de la carta. En este caso, el «campo frío» no sería el paisaje de Soria, sino una referencia a la vejez del poeta, cuando el amor introduce en su vida una insólita sensación de juventud: «¿Por ti se ha puesto el campo ese atavío / de joven, oh invisible compañera?» Su compañera le es «invisible», porque los dos han bebido de las aguas del olvido. Pero, si sus ojos no la reconocen, como en el poema XII, su corazón responde afirmativamente:

> *... En mi mano siento*
> *doble latido; el corazón me grita,*
> *que en las sienes me asorda el pensamiento:*
> *eres tú quien florece y resucita* (p. 319).

Para Zubiría, este poema se compone a base de la ecuación amor-primavera-resurrección, y del «doble latido» afirma: «Percibimos el alentar de una *doble* vida en un solo pulso, de dos existencias en una misma sangre» (31). ¿Es el latido el del poeta y el de Guiomar en esta vida, o es la señal de una existencia previa cuya relación con la vida presente está reconocida por el corazón? El último verso —«eres tú quien florece y resucita»— refuerza la última interpretación.

Se ve, en fin, que la carta a Guiomar no sólo es indispensable para el tema de la reencarnación en la obra de Machado; también ayuda a explicar su teoría del amor. Porque, aunque Guiomar le importa al poeta como mujer individual, ella resulta ser también un símbolo del amor divino. Y en su resurrección el poeta ve la promesa de que, un día, su propia alma tal vez pueda renacer en el estado original de la unión con Dios.

D) *Otras obras.*—El tema de la reencarnación aparece sólo pasajeramente en los dramas de Antonio y Manuel Machado. En *La duquesa de Benamejí,* por ejemplo, Lorenzo habla de su primer encuentro con la duquesa, y declara apasionadamente:

> *Yo escuché mi nombre un día*
> *en sus labios, de manera*
> *que en mil vidas que viviera*
> *nunca se me olvidaría* (32).

---

(31) Ramón de Zubiría: «La poesía de Antonio Machado», Madrid, Gredos, 1966, p. 106.

(32) «La duquesa de Benamejí», en «Obras completas de Manuel y Antonio Machado», Madrid, Plenitud, 1962, p. 606. Aunque los dramas son de los dos hermanos, algunos críticos creen que el contenido se basa principalmente en las ideas de Antonio. Véanse, por ejemplo, Carl W. Cobb, «Antonio Machado» New York, Twayne Publishers, 1971, p. 147; y Alberto Gil Novales, «Antonio Machado» (Barcelona, Fontanella, 1966), nota pp. 102-103.

En *Las adelfas*, Salvador habla del suicidio de Alberto y entonces comenta:

> *Hace falta mucha ciencia*
> *para poder descubrir*
> *cómo se llega a morir.*
> *A mí me falta experiencia*
> *y vocación. Si algún día*
> *lo averiguo, volveré*
> *para explicárselo a usted...* (33).

No debe sorprendernos que Juan de Mairena toque de vez en cuando en la idea de la reencarnación. En un ensayo sobre el futuro de España, Mairena parece indicar que la nación entera puede renacer:

> Si algún día España tuviera que jugarse la última carta... no la pondría en manos de los llamados optimistas, sino en manos de los desesperados por el mero hecho de haber nacido... Los otros la perderían sin jugarla, indefectiblemente, para salvar sus míseros pellejos. Habrían perdido la última carta de su baraja y no tendrían carta alguna que jugar en la nueva baraja que apareciese, más tarde, en manos del destino (pp. 635-636).

¿Qué puede ser la «nueva baraja» sino la vida nueva? Y la idea de la carta que hay que jugar para tener otra oportunidad de jugar en el futuro, nos recuerda también la ley del karma. Porque esa ley cósmica no solamente significa castigo para los errores; también significa *acción*. Los reencarnacionistas piensan que, en la nueva vida, se tendrá solamente lo que se gana en ésta; son las acciones de hoy las que determinan los sufrimientos, y también las ganancias, en las vidas que siguen. Por eso, si el alma no se aventura ahora, le será aún más difícil, en una vida futura, seguir adelante en el camino de su vuelta a Dios.

Ultimamente, Juan de Mairena discurre sobre la muerte en la tertulia de un café provinciano y, como si quisiera inquietar el espíritu perezoso de un amigo tradicionalista, declara enfáticamente:

> Es inútil... que busque usted a Felipe II en su panteón de El Escorial, porque es allí donde no queda de él absolutamente nada. Ese culto a los muertos me repugna. El *ayer* hay que buscarlo en el *hoy*... Felipe II no ha muerto, amigo mío. ¡¡¡Felipe II soy yo!!! ¿No me había usted conocido? (p. 499).

---

(33) «Las adelfas», en «Obras completas de Manuel y Antonio Machado», p. 429.

No cabe duda de que ésta es, en parte, una broma. Pero, ¿cuál es la broma y cuál la verdadera intención del autor, porque es obvio que parte de esto Machado lo dice con toda seriedad? Tal vez trata de engañar con la verdad, o mejor, tal vez trata de disfrazar su verdadera intención con una exageración burlesca. Pero si es cierto que Machado cree en la reencarnación —alguien dirá—, ¿por qué esconde su creencia con una broma? El mismo Machado contesta en seguida:

> Esta anécdota, que apunta uno de los discípulos de Mairena, explica la fama de loco y de espiritista que acompañó al maestro en los últimos años de su vida (p. 499).

¿También tuvo Machado «fama de loco y de espiritista» en los últimos años de su vida? La tendría, seguramente, si hablara abiertamente de las ideas que yo he tratado de señalar en el estudio presente (34).

VI. CONCLUSIONES

Por vía de conclusión, pienso analizar un último poema de Machado, el que me dará la oportunidad de resumir, y aun de aclarar un poco más, las ideas que he examinado hasta este punto. Me refiero a «Profesión de fe», poema que, a pesar de su título, algunos escritores han tomado como indicio de una falta de fe, de parte de su autor. El poema presenta ciertas dificultades, pero éstas se aclaran mucho si se ven a la luz de los conceptos presentados en el trabajo presente:

Dios no es el mar, está en el mar; riela
como luna en el agua, o aparece
como una blanca vela;
en el mar se despierta o se adormece.
Creó la mar, y nace

---

(34) En su artículo sobre los documentos inéditos de Machado, Vega Díaz declara que Azorín no los había publicado antes a causa de la actitud negativa que Machado muestra hacia los franceses. Pero Azorín indica que hay otros secretos que estos documentos no revelan; Vega Díaz cita sus palabras: «La historia debe ser verídica. Todo lo que contribuya a falsearla es delito intelectual. Hoy, entre nosotros, la historia está siendo falseada. Algún día habrá que rectificar muchas ideas, muchos conceptos»; op. cit., p. 57. No hay el menor indicio de que Azorín hablara de la creencia de Machado en la reencarnación, y es probable que no se refiera a esto. Pero yo, por lo menos, encuentro muy curioso que todo esto lo diga el autor de «Doña Inés», obra que se basa no solamente en la teoría del eterno retorno, sino en la que la protagonista se presenta como la reencarnación de una antepasada que se había muerto hace varios siglos (véase cap. 37). ¿Sería posible que Machado y Azorín hubieran hablado alguna vez sobre sus creencias personales?

de la mar cual la nube y la tormenta;
es el Criador y la criatura lo hace;
su aliento es alma, y por el alma alienta
Yo he de hacerte, mi Dios, cual tú me hiciste
y para darte el alma que me diste
en mí te he de crear. Que el puro río
de caridad, que fluye eternamente,
fluya en mi corazón. ¡Seca, Dios mío,
de una fe sin amor la turbia fuente! (CXXXVII, v, pp. 226-227).

El mar, en la poesía de Machado, representa el enigma, el velo que esconde nuestro origen y nuestro fin —«de arcano mar vinimos, a ignota mar iremos»—. Dios no es enigma, pero se nos aparece así —«en el mar»—; aparece como un reflejo de la realidad absoluta, o como una lejana pureza inalcanzable. Dios tiene dos modos de ser: actual —«se despierta»—, y potencial —«se adormece»—; o como lo dirá más tarde Abel Martín, al hablar de la sustancia divina: «unitaria y mudable, quieta y activa« (p. 317). Creó la nada —«Creó la mar»— al crear el pensamiento humano. Sale de la nada —«nace de la mar»— cuando la conciencia integral vuelve a tocar las vivas aguas del ser. Cada alma es la emanación de Dios —«su aliento es alma»— y, porque es parte de la sustancia divina, Dios quiere recobrarla —«por el alma alienta»—. La idea de que el hombre crea a Dios —«yo he de hacerte, mi Dios»— ha llevado a algunos críticos a interpretar el poema como una negación de la fe; para ellos, si Dios depende de la creación humana, no existe fuera de nuestra imaginación. Pero puede ser otra cosa; puede ser que Machado se refiera al concepto de perfeccionar el alma, porque perfeccionar el alma es hacerse Dios, es hacerse como Dios nos hizo originalmente —«cual tú me hiciste»—. Y, si Dios le ayuda al poeta a purificar las turbias aguas de su vida imperfecta, podrá sentir otra vez en su corazón la eterna corriente del amor divino. Esta es la meta hacia la que Machado se esfuerza y la que espera alcanzar en esta vida, o en otra.

¿Qué es, en fin, lo que se ha logrado con este largo estudio de la obra de Machado? Pues bien, aunque creo haber demostrado que el pensamiento oriental ha sido muy importante para la formación de la filosofía de Machado, todavía falta el estudio completo de este aspecto de su obra. Y, aunque creo haber demostrado que Machado es más optimista —con respecto a su fe en la existencia de Dios y en la inmortalidad del alma— de lo que algunos escritores han sostenido, tengo que admitir que muchas de mis observaciones en cuanto al tema de la reencarnación no son pruebas sino conjeturas. Pero yo he dado el primer paso en una nueva dirección, y tal vez produ-

cirá otros descubrimientos. Tal vez se descubrirá, algún día, otro cuaderno u otra carta, donde Machado diga claramente: «Yo creo en la reencarnación de las almas y esta creencia ha influido en mi obra desde el principio.» O tal vez no se descubrirá nada y tendremos que contentarnos con lo que tenemos, que no es poco. Porque lo que tenemos es toda una filosofía, ecléctica y universal, que combina lo occidental y lo oriental, lo moderno y lo antiguo. La suya ha sido una de las primeras voces, después del materialismo de la centuria pasada, en alentarnos hacia una «realidad espiritual» en la que ya no tendrá «fama de loco y espiritista» el que expresa su fe en la inmortalidad del alma y en su purificación final.

ARMAND F. BAKER

State University of New York at Albany
ALBANY, New York (USA)